

AL LECTOR

En 1905, cuando vivía yo en Madrid y era diputado, al salir muchas tardes de mi casa con dirección al Congreso, torcía mi camino, como un escolar que siente la atracción tentadora de la libertad, y en vez de dirigirme al llamado «santuario de las leyes», prefería alejarme de él, siguiendo el contorno de los suburbios de la villa.

La situación de mi vivienda, al final del paseo de la Castellana, casi en el campo, ayudaba á esta fuga parlamentaria. Los yermos alrededores de Madrid, con sus altozanos amarillos cubiertos de rastrojos y sus edificios diseminados, me parecían de mayor atractivo y hermosura que el salón de sesiones del Congreso, lóbrego en las primeras horas de la tarde, con un ambiente espeso de bodega.

Además, estaba convencido de la inutilidad de mis funciones de diputado republicano dentro de una Cámara fabricada por los monárquicos, en la que resultaban inútiles razonamientos y demostraciones, pues el argumento más convincente no torcería una opinión, ni quitaría un voto al gobierno. Era preferible vagar por los alrededores de Madrid, viendo los curiosos personajes de la miserable horda suburbana.

En estos paseos, que tenían algo de exploraciones,

ya que me sirvieron para descubrir un mundo nuevo ignorado por la generalidad de las gentes, fui conociendo á los más de los personajes que figuran en la presente novela, ó más exactamente dicho, á los seres reales que empleé como modelos de mis tipos imaginarios.

Ninguna de mis obras tiene una base tan amplia en la realidad. No existe un solo personaje en *LA HORDA*, ni aun los más secundarios, sin su correspondiente hermano de carne y hueso. Ninguna tampoco de mis novelas fué precedida de una preparación tan minuciosa. Durante un año examiné las diversas agrupaciones acampadas en torno á Madrid, con una observación sin objeto, por puro recreo de paseante, y sólo pasado ese tiempo se me ocurrió la idea de escribir *LA HORDA*.

En mis exploraciones tuve varios acompañantes. Cuando estudiaba las costumbres de los gitanos instalados junto al puente de Toledo, vino conmigo varias tardes el gran poeta hispano-americano Rubén Darío, interesado por mis relatos sobre las costumbres de estas gentes de origen nómada, entregadas á una vida sedentaria.

Para estudiar á los cazadores furtivos de las propiedades reales me acompañó Pedro González-Blanco, escritor que ha errado luego la mayor parte de su vida por América, hermano del inolvidable Andrés González-Blanco, muerto en plena juventud, bajo las primeras sonrisas de la gloria.

Juntos, y vestidos con nuestras peores ropas, para que nos sirviesen de disfraz, fuimos una noche á cazar conejos en El Pardo, con unos cuantos hombres que exponían su vida en este trabajo peligroso, ilegal y poco lucrativo. La descripción de dicha cacería, que figura en *LA HORDA*, refleja exactamente la realidad. Sufrimos las mismas fatigas que los personajes de la novela, arros-

tramos iguales peligros, tuvimos que saltar el muro de El Pardo, como los cazadores fuera de la ley.

Creo que pocas veces un novelista ha llevado tan lejos su deseo de estudiar directamente la realidad.

Guardamos en secreto algún tiempo esta hazaña penal, pero finalmente, á causa tal vez de una indiscreción de mi amigo, acabó por hacerse pública, y el *Heraldo de Madrid* contó en un gracioso artículo cómo el autor de *LA HORDA* había acompañado á los explotadores furtivos de El Pardo para verles trabajar, con riesgo de su propia vida.

Los guardas reales podían haber tirado sobre el grupo de míseros cazadores nocturnos, resultando, como dijo el citado diario, una sorpresa extraordinaria, inaudita, al recoger herido ó muerto á uno de los culpables, encontrarse con que era un diputado á Cortes.

V. B. I.

LA HORDA

I

A las tres de la madrugada comenzaron á llegar los primeros carros de la sierra al fielato de los Cuatro Caminos.

Habían salido á las nueve de Colmenar, con cargamento de cántaros de leche, rodando toda la noche bajo una lluvia glacial que parecía el último adiós del invierno. Los carreteros descaban llegar á Madrid antes que rompiese el día, para ser los primeros en el aforo. Alineábanse los vehículos, y las bestias recibían inmóviles la lluvia, que goteaba por sus orejas, su cola y los extremos de los arneses. Los conductores refugiábanse en una tabernilla cercana, la única puerta abierta en todo el barrio de los Cuatro Caminos, y aspiraban en su enrarecido ambiente las respiraciones de los parroquianos de la noche anterior. Se quitaban la boina para sacudirla el agua, dejaban en el suelo el barro de sus zapatones claveteados, y sorbiéndose una taza de café con toques de aguardiente, discutían con la tabernera la comida que había de prepararles para las once, cuando emprendiesen el regreso al pueblo.

En el abrevadero cercano al fielato, varias ca-

rretas cargadas de troncos aguardaban la llegada del día para entrar en la población. Los boyeros, envueltos en sus mantas, dormían bajo aquéllas, y los bueyes, desuncidos, con el vientre en el suelo y las patas encogidas, rumiaban ante los serones de pasto seco.

Comenzó á despertar la vida en los Cuatro Caminos. Chirriaron varias puertas, marcando al abrirse grandes cuadros de luz rojiza en el barro de la carretera. Una churrería exhaló el punzante hedor del aceite frito. En las tabernas, los mozos, soñolientos, alineaban en una mesa, junto á la entrada, la batería del envenenamiento matinal: frascos cuadrados de aguardiente con hierbas y cachos de limón.

Presentábanse los primeros madrugadores temblando de frío, y luego de apurar la copa de alcohol ó el café de «á perra chica», continuaban su marcha hacia Madrid á la luz macilenta de los reverberos de gas. Acababa de abrirse el fielato y los carreteros se agolpaban en torno de la báscula. Los cántaros de estaño brillaban en largas filas bajo el sombraje de la entrada. Discutían á gritos por el turno.

—¿Quién da la vez?—preguntaba al presentarse un nuevo carretero.

Y al responderle el que había llegado momentos antes, colocaba sus cántaros junto á los de éste, con el propósito de repeler á trallazos cualquiera intrusión en el turno.

Todos mostraban gran prisa por que les diesen entrada, azorando con sus peticiones al de la báscula y á los otros empleados, que, envueltos en sus capas, escribían á la luz de un quinqué. Los cántaros sólo contenían leche en una mitad de su capacidad. Mientras unos carreteros aguardaban en el fielato, otros avanzaban hacia Madrid, con cántaros vacíos, en busca de la fuente más cercana. Allí,

[...]

á apoyarla saludando con un cantazo al señorito si tenía el mal gusto de incomodarse.

Maltrana dejó á la espalda esta alegría hostil y salió al campo. Pensaba visitar la cabaña de *Zaratustra* antes de ir á las Carolinas.

Hallábase ésta en lo alto de un cerrillo, desde el cual se abarcaba con la vista todo Madrid. Parecía de lejos un montón de escombros y basura. Constaba de tres cuerpos sueltos, pero tan bajos, tan metidos en una oquedad de la tierra, que sus techos apenas sobresalían del perfil de la cumbre. El carro de *Zaratustra* parecía más grande que las viviendas; se veía mejor que éstas, caído sobre la zaga, con las dos barras en alto unidas por la barriguera de la mula, destacándose sobre el cielo como una horca.

Adivinó el joven la proximidad de la cabaña viendo correr hacia él una banda de perros. Eran los compañeros de *Zaratustra*. Los había de varias razas y tamaños, todos sucios, con los ojos amarillentos y una baba rabiosa en los colmillos: animales casi salvajes, que sólo de tarde en tarde veían llegar algún pobre, y sentían feroz extrañeza ante Isidro, irritados por su exterior de hombre de ciudad.

No ladraban. Aproximáronse, mudos, rechinando los dientes con franco propósito de morder, extendiendo sus zarpas hacia los pantalones. El joven cogió una piedra, llamando con fuertes gritos á *Zaratustra* y á la señora Eusebia.

Sonó detrás de la cabaña un silbido y la vocecilla de Polo llamando á sus canes. Isidro pudo seguir adelante escoltado por el fiero grupo, que giraba en torno de él, oliéndole las ropas.

Pasó entre el carro y una pared baja, y entró en una plazoleta que tenía al frente la campiña, con Madrid en el fondo, y á un lado las obscuras lomas

de la Casa de Campo. El resto de la plazoleta estaba cerrado por las tres cabañas que constituían la vivienda y dependencias del gran *Zaratustra*. Éste se hallaba sentado en un cubo, cosiendo con bramante unos pedazos de alfombra vieja que habían de servir de manta á la mula.

—Perdona que no me levante—dijo con su voz de niño—. Tú eres de casa. ¡Ay, estas piernas!...

Había sustituido la casulla de piel de conejo con la otra de las grandes solemnidades: la de espejuelos y cintajos de colores, que le daba el aspecto de un salvaje de teatro.

Era un resto de su antigua alegría, un recuerdo de aquellos años en los que bajaba por Carnaval al centro de Madrid cubierto de sus más vistosos harapos, aceptando la extrañeza y la burla de las gentes como testimonio de admiración. Seguía la costumbre de desfigurarse con adornos bravíos cuando llegaba la fiesta, pero se quedaba en casa, vencido por el reuma senil que inmovilizaba sus piernas.

Maltrana contempló curiosamente la mansión de *Zaratustra*, agrandada con nuevas edificaciones desde la última vez que la había visto. La actividad del anciano, su raro talento para sacar provecho de los despojos, le hacían vivir en una perpetua reforma de su casa. El traperero sonrió viendo el asombro del joven.

—¿Qué te parece?... Esto ha crecido mucho; esto es el palacio real de Tetuán. Vienen señores de Madrid sólo por verlo: sobre todo, pintores... Este cuerpo es el almacén—y señalaba la cabaña en cuya puerta permanecía sentado—. Lo de enfrente es la cocina y la cuadra. Tiene comunicación con el cuerpo central, la antigua casa, donde vivimos tu abuela y yo.

Maltrana sentía deseos de reír ante la majestad con que Polo hablaba de su vivienda, señalando sus

diversas partes. El lo había construido todo, con la ayuda de su criado, dándole la solidez de un castillo.

Parecían las tres cabañas otros tantos montones de basura y escombros en los cuales una familia de topos hubiese abierto agujeros que eran puertas, galerías tortuosas que servían de habitaciones. Todos los despojos de la villa habían sido empleados en la edificación. Sólo á trechos veíanse algunos ladrillos y cascotes de los derribos; lo demás estaba construido con los materiales más heterogéneos, viéndose empotrados en la argamasa, á guisa de ladrillos, botes de conserva, latas de petróleo, cafeteras, orinales, hormas de zapatos, y junto con estos despojos, tibores rotos de porcelana, columnillas de alabastro, trozos de estatuas, todo al azar, según el desorden de la recogida diaria en Madrid.

Maltrana vió una aguda punta oxidada saliendo del muro, sobre la cabeza de *Zaratustra*. La miró de cerca: era una jeringa. Más allá brillaban dos azulejos de reflejos dorados y surgía un brazo femenino de color de bronce, que, sin duda, había sostenido una lámpara de gas en algún café.

Varios cubos de cine sin fondo, empotrados horizontalmente en el muro, servían de redondos tragaluces, semejantes á los de los camarotes de los barcos. Los techos eran de paja, de ramaje, de viejos encerados, formando una cubierta de gran espesor, que la lluvia más persistente no podía traspasar. Las rendijas estaban calafateadas con papeles y trapos. La techumbre de la cocina ostentaba como remate una tinaja rota, que servía de chimenea.

El almacén exhalaba un hedor de polvo, huesos en putrefacción y ropas corrompidas, junto con ese vaho indefinible de las casas viejas largamente cerradas. Un zumbido de moscas pegajosas vibraba en la obscura profundidad de las chozas. De vez

en cuando aleteaba por cerca de Isidro un enorme moscardón azul, de reflejos metálicos, lúgubre, venenoso, hinchado repugnantemente, como si acabase de chupar la tierra de una tumba.

Maltrana preguntó por su abuela.

—Estoy solo en casa. He enviado el *Bobo* á Madrid á que vea las máscaras, y la vieja está en la Doctrina, en ese corralón de Bellasvistas donde juntan las señoras al rebaño femenino de la busca para que cante oraciones.

Zaratustra, que se preciaba de conocer á todo Madrid, había oído hablar de alguna de estas damas devotas cuando eran jóvenes, y rela, guiñando sus ojos lacrimosos. El diablo, harto de carne... Regalaban á las traperas una sábana por año, y arroz y castañas por Navidad; pero las obligaban á oír la explicación de la Doctrina dos veces por semana. En Carnaval había gran reunión, para pedir al Señor que perdonase las locuras del mundo, y comenzaba la fatigosa época de la Cuaresma. Las que faltaban á estas grandes solemnidades perdían la sábana.

—Te digo, Isidro, que se la ganan bien, y cuando vienen á coger los trapos de esas señoras tienen callos en las rodillas, como los elefantes. Pero el mediano, cuando siente necesidad, no se para en nada, y hay que ver á las del barrio al salir de la Doctrina, hechas unas santitas, así que pierden de vista á las señoras... De la que menos, dicen que es una púa... A todo el mundo le gusta que le den algo. Y si no, ahí tienes á tu abuela, que piensa todo el año en la sábana. ¿Para qué la querrá, una mujer que todo el mundo sabe que es rica? ¡Las hembras, Isidro, mala gente!... Tu abuela me ha visto en varios apuros: tuve que pagar el arrendamiento de las tierras que cultivo ahí enfrente, porque ya sabes que yo soy agricultor antes que traperero. No tenía ni un botón, y me dejó en el apuro,

sin querer decirme dónde guarda su tesoro. Y eso que anduvo el palo; porque á las hembras, el pan en una mano y la vara en otra... ¡Si las conoceré yo, que he tenido cinco!... De jóvenes, unos pericos verbeneros, sin otro afán que dar gusto al cuerpo y faltarle á uno; de viejas, borrachas y agarradas al perro chico, aunque su hombre vaya en cueros.

Quedó en silencio *Zaratustra*, mirando á Madrid, que cerraba el horizonte con su gran masa de tejados y torres. El cielo azul, sin el más leve vapor de humedad, un cielo de Castilla, seco y ardiente, de gran limpidez, que acusaba con energía los contornos, parecía aproximar la lejana población.

El trapero creía abarcar con sus ojillos pitañosos toda la humanidad albergada bajo este caparazón de tejas, que á aquellas horas corría y gritaba por las celdillas y callejones de la enorme colmena. Su voz tomaba un acento solemne, como siempre que creía decir algo trascendental.

—La hembra, Isidro, es inferior al hombre é indigna de él. Fíjate en eso y recuérdalo siempre; de algo te ha de servir ser amigo de un sabio que ha visto mucho y conoce la vida. La hembra es un animal de escaso caletre; fantasiosa lo mismo que el pavo, tonta como una marica sobre un canto. Dele usted su buen vestido, su buena bota ajustada y demás exigencias del rumbo, y la tendrá usted contenta. No le dé usted el señorío y boato que reclama, y entregará su cuerpo al demonio... El hombre es más digno y noble; se preocupa de otras cosas que de los trapos, y por eso es él quien debe mandar y dar dos palos á tiempo para que se le respete. Con blusa y alpargatas se siente muchas veces mejor que tirado de chistera y de gabán. Yo tengo buena ropa y podía ir todos los días lo mismo que hoy, pero no me da la gana; en cambio, no

hay en la busca una hembra que, al agarrar entre los trapos una buena falda, no se la ponga para dar envidia á las compañeras. La mujer que anda mal vestida, así sea vieja y fea, es porque no puede ir mejor, pues ganas no le faltan. El hombre que va hecho un Adán no es porque carezca de «con qué», sino que tiene la atención en cosas más altas, por ser un animal noble é inteligente.

Así hablaba *Zaratustra*.

Maltrana, molestado por el hedor del almacén y el revoloteo de las moscas, acabó por abandonar su asiento, que consistía en tres pedazos de corcho clavados en forma de banco. Ya que la abuela estaba ausente, quería irse.

El trapero le detuvo. No le aconsejaba que esperase á la vieja; si habían de rezar en Bellasvistas por el perdón de todos los alegres pecados que aquella tarde se cometerían en Madrid, tenían oración cortada hasta la noche. Pero antes de que Isidro se fuese, quería enseñarle la casa, especialmente la habitación que había arreglado con motivo de su casamiento. A las mujeres les satisfacen las superfluidades del buen vivir, y no era caso de que la señora Eusebia, al abandonar su casa de las Carolinas, entrara en una vivienda de indios.

—Aquí hay su poquito de señorío—dijo *Zaratustra* incorporándose con cierto trabajo, después de clavar la aguja en los tapices y plegar éstos sobre el asiento.

Marchaba doblado por la cintura, con las piernas muy abiertas y rígidas. Así precedió á Maltrana por un pasillo lóbrego, bajo de techo y tan angosto, que los codos rozaban los objetos raros empotrados en la pared. La débil claridad que pasaba por un bote de escabeche puesto á guisa de claraboya difundía una luz amarillenta al final del pasillo, danzando en su pálido rayo un enjambre de moscas.

A un lado abriase un espacio semicircular que servía de cuadra. Las paredes eran de madera carcomida procedente de los derribos, con los intersticios rellenos de paja y trozos de periódicos; del techo pendían unas telarañas inmensas, monstruosas, ondeando como banderas ennegrecidas por el polvo, cubriendo las paredes como las muestras de una tienda de trapos.

La mula casi tocaba con las orejas el techo, y parecía más enorme, disparatadamente grande, en su mezquino albergue. Maltrana pensó en los milagros de la costumbre, en la agilidad de aquel animal para deslizarse todos los días por el pasadizo lóbrego, en el que apenas cabía un hombre. *Zaratustra*, saliendo de la cuadra, levantó una cortina de percal rameado, pero Maltrana sólo vió una intensa obscuridad.

—Echa una cerilla—dijo el trapero.

Cuando lució sobre una cómoda un cabo de vela metido en el cuello de una botella, Isidro pudo ver entre temblonas sombras un antro más pequeño que la cuadra, con el techo de paja y las paredes llenas de escarpías, de las que pendían los numerosos harapos del vestuario de los dos viejos: faldas de gastada seda, levitones llenos de remiendos, sombreros de copa con la seda erizada y contraídos como si fuesen fuelles.

—Aquí hay señorío—dijo el trapero—. Eso no podrás negarlo. Mira esa cómoda; fijate en esta cama, que debe haber sido de algún duque. Huele á palacio así que se la ve. Son piezas que me costaron muy buenas pesetas allá en el Rastro. Fui á comprarlas á los parientes de la *Mariposa*, unos descastados que al verse ricos no conocen á la familia. Aún andamos á pleito por unas pesetas que no quiero dar... Pero fijate, galán, que la cosa lo merece.

Y Maltrana tenía que mirar á la luz de la vela la alta cama de forma antigua, toda ella dorada, pero tan vieja, que en algunos sitios mostrábase el metal descascarillado y sin brillo, y en otros estaba verde, revelando su permanencia en olvidados desvanes, bajo grietas que filtraban la lluvia.

Después, *Zaratustra* enseñaba con orgullo de artista los adornos de algunos trozos de pared libres de guñapos: estampas de santos, cromos de señoras en pelota, ó con bailarinas de color de rosa, todo recogido al azar, en el curso de la busca, y que inmediatamente tomaba sitio en el dormitorio con ayuda de tachuelas ó pan mascado. Por fin, el traperero enseñaba lo mejor de la casa: unas cuantas tablas colocadas entre la cama y la pared, y en ellas montones de gruesos platillos, docenas de tazas de la loza fuerte usada en los cafés, pilas de vasos metidos unos en otros.

—Si quisiera—dijo el tío Polo—, podría convidar á todo el barrio de las Carolinas sin tener que pedir prestado á nadie. Fijate, criatura; di si tu abuela se ha visto nunca en tal abundancia. Esto parece un café de la Puerta del Sol.

Maltrana, á la luz indecisa de la vela, veía todos los platos rajados por negras líneas, las tazas con grietas ó sin asas, los vasos con los bordes rotos. Eran despojos de los establecimientos cuya basura recogía Polo, y que éste había ido almacenando durante años, sin saber ciertamente qué utilidad podía sacar de esta colección que era su lujo.

El dormitorio no tenía otro respiradero que la puerta. El techo era tan bajo, que entre él y la cama sólo existía el espacio necesario para dormir tendido. Había que subir á ella deslizándose como por la boca de una madriguera. Isidro notó la falta de ventanas.

—Es lo mejor que tiene el dormitorio. Cuando

hace frío ó cuando hiela, duerme uno tan ricamente con el calor de la mula y del estiércol, que da gloria. Mira si estará abrigado esto, que hasta en invierno tenemos moscas. Ni en la plaza de Oriente están un día de nieve tan bien como aquí.

El trapero levantó la luz hasta el techo, tocando con cierto cuidado, como objetos frágiles y preciosos, las telas empolvadas que pendían de la paja.

—Mira... telarañas. ¿Las ves? Aquí, allá, por todos lados. No tenemos ventanas, cristales y otras cosas superfluas y malignas para la salud; pero telarañas, puedo apostar con el más rico á ver quién las tiene mejores.

Maltrana parecía desconcertado por la gravedad con que hablaba *Zaratustra*.

—Donde veas telarañas sólo verás salud—continuó—. Eso no lo saben los mediquillos de Madrid, que, porque leen libros, se burlan de los sabios como yo, que leemos en la tierra y en el cielo. En las casas de las ciudades no hay telarañas, y todos andan esmirriados, amarilluchos y mueren jóvenes. La telaraña es un regalo de Dios, que vela por nuestra salud. Tamiza el aire, le quita los malos bicharracos que dan las enfermedades, se come á los microbios y demás insectos...

Así hablaba *Zaratustra*, paseando su luz cerca del techo; y surgían de la obscuridad los colgantes tejidos por las arañas, enormes, seculares, como si fuesen la obra de muchas generaciones, transparentando con fulgor sonrosado la llama de la vela. El viejo evitaba romper los frágiles tejidos. Colgaban hasta tocar su cama; agitábalos al dormir con su ronquido, y sentía gran disgusto cuando al despertar se encontraba con una telaraña caída junto á su boca.

—Esto es lo que alarga la vida; esto no se paga

con dinero. Si tu abuela quiere que ande el palo, que me toque una tan sólo.

Cuando Maltrana volvió á la plazoleta cerró los ojos, deslumbrado por el sol. Respiraba con dificultad el aire puro, después de su permanencia en aquel antro saturado de polvo y estiércol.

Volvió á ver Madrid ante él, con su enorme masa de gran ciudad, con torres en las que sonaban campanas y chimeneas enormes ennegrecidas de humo. Sentía asombro, inmensa extrañeza, por esta vida ruda y salvaje que le rodeaba, teniendo á la vista un gran núcleo de civilización. El pasado, duro y cruel, la infancia del hombre, apenas despojada de su primitiva animalidad, acampaba á las puertas de una villa moderna.

Zaratustra procuraba retener al joven. Le era doloroso privarse de una charla en la que podía lucir su ciencia.

—¿Ves qué sol tan hermoso?—dijo—. Pues tendremos lluvia antes de que acabe la semana. Se mojará el Entierro de la Sardina. La cara de la luna es de cuidado todas las noches. O yo no sé una palabra de las cosas del cielo, ó esta luna anuncia grandes revoluciones, hambres, pestes, sangre...

—Adiós, gran *Zaratustra*—dijo Maltrana.

Podía seguir filosofando, rodeado de sus perros, mientras contemplaba la villa ingrata que no reconocía su saber. El se marchaba á las Carolinas, huyendo de aquella lóbreguez maloliente que le trastornaba el estómago. Iba en busca de su amigo el *Mosco* y de su hija Feliciana, que tenía para guisar la cachuela unas manos de virgen, dignas de mil besos; las únicas del barrio que ofrecían cierta limpieza. Ya volvería otra vez, para ver á la abuela.

Y emprendió la marcha, seguido un buen trecho por los perros de *Zaratustra*.

Al entrar en el barrio de las Carolinas quedó

OBRAS COMPLETAS DE VICENTE BLASCO IBAÑEZ

LA HORDA

(NOVELA)

49.000 EJEMPLARES



PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)